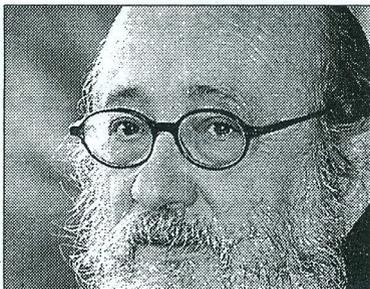


## Simon Edmondson



Simon Edmondson nació en Londres, en el año 1955. Al final de la década de los ochenta se trasladó a Madrid, donde vive desde entonces. Ha realizado exposiciones de sus obras en las más importantes galerías de Londres, Berlín, Zurich, Nueva York, Trieste, Barcelona, Bilbao y Madrid. Nos encontramos ante un caso singular. No es el pintor español que busca territorios —París, Nueva York— para desarrollar su arte, sino al contrario. Hablamos de un extraordinario pintor inglés que vive en el corazón de Madrid desde 1990 —en el popular barrio de Usera tiene su taller— y que a través de la obra que desarrolla busca dar un sentido profundo, universal, a su creación pictórica. Simon Edmondson, a diferencia de otros creadores, no quiere evadirse de la realidad. El mundo tecnológico, cibernético, lejos de aumentar las posibilidades de una existencia más justa, libre, tiende a matar el pensamiento, herir la sensibilidad humana. Y la obra de Edmondson es un grito contra esta terrible realidad. Las preguntas que algunos nos formulamos siguen ahí: en el misterio y en la duda. Algo que las afirmaciones, rotundas y terribles, del nuevo dogma científico-religioso sigue sin desvelar. Se exilia para buscar precisamente la

realidad del tiempo presente, más allá de los dictados de las modas o las vanguardias impuestas por el mercado. Expresividad que busca al tiempo introducirnos con todos nuestros sentidos despiertos, en su obra, en sus cuadros rebosantes de una «carnalidad» desnuda y agónica que deja al descubierto mundos e influencias de Zurbarán, Ribera, el Greco, Goya, Tiziano o Rembrandt. Abs trayéndose de la mentira artística, tan común a esa numerosa pintura de encargo que llena de vaciedad gran parte de la obra que se exhibe hoy en las galerías del mundo, él abraza con sus cuadros el mundo en que vivimos, el que observa e interioriza el creador mediante un pensamiento lúcido y profundo, que pone al servicio de una obsesiva búsqueda de la belleza que hiere, la belleza que penetra en la piel, en los sentidos, de quienes a sus cuadros se acercan. Un canto a la libertad precisamente desde la angustia, la desesperanza. Expresionismo que tiende a la copulación del alma con la naturaleza, de los interiores humanos y los paisajes desolados en que éstos se desarrollan. Pintura y literatura fundidas en una atmósfera propia, que abraza la realidad que nos circunda y que niegan o no quieren ver los depredadores de la cultura, los asesinos de la civilización. Desgarra la apariencia, la anécdota, para hundirse en la sustancia. Frente a la máscara, lo virtual, la

vida, la existencia en su más pura y auténtica definición. Heredero de Bacon y de Turner y de Velázquez, y de los creadores anteriormente citados, lo es también de una literatura que percibimos en su obra, como si leyéramos en esa pintura poemas, reflexiones de quienes recorren con su percepción sensible el mundo que subyace en esta fantástica obra: Hölderlin, T. S. Eliot, Kafka, Hermann Broch, Thomas Bernhard, José Ángel Valente, por citar algunos. Hospitales en el abandono de su desamparo, ciudades irreales, voces de condenados, espectros, sombras, seres encadenados que buscan su liberación en lejanas arboledas, altares donde se sacrifica la razón y la piedad, penumbras que son sueños de nuestra atormentada conciencia, treguas para mostrar el vacío, tras ver el horror de la decadencia de príncipes de las iglesias, juicios en los que se difuminan las sombras de dictadores que llevaron al siglo XX a los holocaustos de la infamia y la ceguera, próceres miserables, salas vacías tras los desastres de paisajes calcinados por las hordas que esquilman las vidas humanas, burócratas o financieros que son espectros vivientes, la gran misericordia que mostraría los efectos devastadores de las guerras y los terrorismos que sólo producen víctimas inocentes, es la pintura sobre las cenizas de un mundo que agoniza. El viaje desde la oscuridad y las tinieblas de un tiempo de ruinas y desastres, hacia la luz, desde la propia decadencia de la pintura, tan comercializada, a la claridad expresiva, la continuidad de los grandes maestros, veneccianos o españoles para celebración de la belleza y la conciencia crítica.

Andrés SOREL